

De Ciudad de México a Monterrey: breve historia de una ciudad universitaria moderna¹*

Dr. José Manuel PRIETO GONZÁLEZ

Universidad Autónoma de Nuevo León (Monterrey, México)

Facultad de Arquitectura

jmpg71@hotmail.com

Arq. Ricardo LAZCANO GÓMEZ

Universidad Regiomontana (Monterrey, México)

Facultad de Ingeniería y Arquitectura

ricardo_lazcano@hotmail.com

Recibido: 6 de abril de 2010

Aceptado: 4 de junio de 2010

RESUMEN

Aunque poco conocida, la Ciudad Universitaria (CU) de Monterrey, que constituye hoy el campus principal de la Universidad Autónoma de Nuevo León (UANL), fue la segunda en su género que se construyó en México, sólo por detrás de su homóloga de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM), en funcionamiento desde 1952. El 28 de junio de 2007, esta última (su primer circuito universitario) fue inscrita por la UNESCO en la lista de sitios que son Patrimonio Cultural de la Humanidad, en virtud de sus excepcionales cualidades como conjunto monumental que integra, en el contexto de la Modernidad del siglo XX, urbanismo, arquitectura, ingeniería, paisajismo y artes plásticas. En Monterrey pudo haberse recurrido a modelos internacionales, sobre todo norteamericanos —dada la cercanía con Estados Unidos—, pero el campus de El Pedregal de San Ángel fue el referente primordial. La CU de Monterrey revela análogo compromiso con los planteamientos modernos, incluida la “integración plástica” de sus elementos constitutivos, más allá de las lamentables transformaciones que han sufrido algunos de ellos a lo largo del tiempo. Otros, sin embargo, conservan un valor extraordinario.

Palabras clave: México, Monterrey, Ciudad Universitaria, Arquitectura, Arte.

From Mexico City to Monterrey: brief history of a modern college city

¹ Este artículo es producto del desarrollo de la ponencia presentada por los autores al IV Encuentro Nacional del “Comité del siglo XX de ICOMOS MEXICANO, A. C.”, celebrado en la Ciudad de México los días 24 y 25 de mayo de 2007. El título de la ponencia fue «Un referente para Monterrey en términos de “integración plástica”: influencia de la Ciudad Universitaria de México en su homóloga de Nuevo León».

ABSTRACT

Although little known, the Ciudad Universitaria (CU) of Monterrey, which is today the main campus of the Universidad Autónoma de Nuevo León (UANL), was the second of its kind to be built in Mexico, behind only its homologous Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM), in operation since 1952. On June 28th, 2007, the latter (his first college circuit) was inscribed by UNESCO in the list of sites that are Cultural Heritage of Humanity, by virtue of his exceptional qualities as a monumental complex which incorporates in the context of Twentieth-century Modernity, urbanism, architecture, engineering, landscaping and plastic arts. In Monterrey it could have resorted to international standards, especially Americans, given the closeness with the United States, but the campus of El Pedregal de San Ángel was the primary reference. The Monterrey CU reveals similar commitment to modern approaches, including “artistic integration” of its constituent elements, beyond the unfortunate changes that have suffered some of them over time. Others, however, retain an extraordinary value.

Key words: Mexico, Monterrey, College City, Architecture, Art.

1. Antecedentes. El despertar universitario en Monterrey

En el Estado mexicano de Nuevo León la educación estuvo en manos de la Iglesia Católica hasta mediados del siglo XIX. Instituciones como el Seminario de Jesuitas (1714-1746), heredero del Colegio de los Padres Oblatos (1712), el Colegio Seminario de Monterrey (1767) o el Real y Tridentino Colegio Seminario de Monterrey (1792) así lo atestiguan. En este último se ha visto la «primera institución de instrucción superior permanente en el Nuevo Reino de León», que comenzó a funcionar a plenitud en 1793 y que fue el antecedente histórico del Colegio Civil del Estado (Lozano, 1998, p. 25-26).

La más trascendental aportación del siglo XIX en términos de enseñanza superior en el Estado se identifica con el Colegio Civil, cuya fundación empezó a ser promovida a partir de 1852. El objetivo era congregar en un solo núcleo *universitario* las escuelas Secundaria, Preparatoria, de Jurisprudencia (1824) y Médico-Quirúrgica (1829). Frente a la orientación religiosa que observaba la educación en el Real y Tridentino Colegio Seminario, el Colegio Civil fue ya una institución laica. Sus clases dieron comienzo el 5 de diciembre de 1859 con 70 alumnos matriculados en las distintas escuelas, marcando así el inicio de la única institución educativa legitimadora del liberalismo en el noreste del país (González, 1945, p. 37). Desprovisto de un edificio propio para impartir sus cátedras, el Colegio Civil se mantuvo en constante reubicación en sus primeros años. Ocupó varios inmuebles, incluidas las casas particulares de los profesores, ya que tras la intervención francesa (1864-1867) y la clausura del centro en 1865 por orden de Maximiliano, el personal docente no tuvo otra alternativa que continuar las cátedras en sus domicilios y de manera clandestina. Fue a partir de su reapertura en octubre de 1866 cuando se hizo prioritaria la búsqueda de unas instalaciones fijas que terminaran con el carácter ambulante del establecimiento. Un edificio proyectado por el arquitecto francés Jean Crousset a finales del siglo XVIII,



Fig. 1. : Detalle de la fachada principal del Colegio Civil, tal como fue diseñada en 1933. El edificio ha sido restaurado recientemente

que iba a ser inicialmente Hospital de Pobres y fue transformado después en cuartel militar, acabó convirtiéndose —con las adecuaciones pertinentes²— en la sede definitiva e histórica del centro, inaugurada oficialmente el 15 de octubre de 1870 (Flores, 2007). La fachada actual del edificio data de una reforma de 1933-39 (Fig. 1). Monterrey fue visto a partir de entonces como un enclave educativo de importancia en el noreste de México, lo cual alentó una creciente población estudiantil, local y foránea.

El Colegio Civil sufrió una pérdida significativa en 1877 al decretarse la separación de las escuelas de Jurisprudencia y Médico-Quirúrgica (ésta pasó a llamarse desde entonces Escuela de Medicina), además del cese de actividades del internado que albergaba. Con el paso de los años resultó insuficiente para atender debidamente las demandas de la sociedad regiomontana en materia de educación superior. El fuerte desarrollo industrial y comercial experimentado en Monterrey desde 1890, que terminó convirtiendo a la ciudad en el punto económico más importante de todo el norte de México (Cerutti, 1989, p. 28), exigió técnicos y especialistas bien

² Por ejemplo, el volumen que iba a funcionar como iglesia en el primitivo hospital terminó adaptándose a salón de actos (posteriormente Aula Magna) en el Colegio Civil.

capacitados. Inicialmente no quedó otro remedio, para quienes tenían posibilidades de hacerlo, que enviar a los hijos a estudiar al extranjero; hay quien ha visto en esta actitud no tanto un reflejo de «malinchismo» cuanto de «responsabilidad familiar» (CAINTRA, 2004, p. 24). Anticipándose al poder público, que no supo estar a la altura de las circunstancias, el empresariado regiomontano tomó en ocasiones la iniciativa en términos de promoción educativa: en 1912 Cervecería Cuauhtémoc (cuna del actual grupo FEMSA) comenzó la operación de la “Escuela Politécnica Cuauhtémoc”, donde instruía en distintos turnos a niños y adultos. En la década de 1920 había en la ciudad 6 academias comerciales y 11 colegios que impartían enseñanza comercial, proliferando también los centros de idiomas (especialmente de inglés), algo comprensible en virtud de las intensas relaciones comerciales con Texas y otros puntos de Estados Unidos. En ese entonces Monterrey contaba ya con distintos establecimientos oficiales dedicados a la educación profesional (Mendirichaga, 1996). La Universidad de Nuevo León (UNL), creada en 1933, tuvo precisamente entre sus objetivos reunir todas esas escuelas independientes, algunas de ellas surgidas al amparo del Colegio Civil. Pero la creación de la Universidad pública no satisfizo las expectativas de los empresarios locales; un grupo de ellos, encabezado por Eugenio Garza Sada, fundará una década después (1943), a imagen y semejanza del MIT de Boston, el Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Monterrey (ITESM).

La creación de la Universidad de Nuevo León no refleja, al menos nominalmente, las verdaderas aspiraciones de sus promotores, cuya imaginación rebasó las fronteras estatales, algo que, por otra parte, ya se había manifestado en el terreno político y económico (v. Cerutti, 1989, pp. 92 y ss.); baste aludir a la unificación de Nuevo León y Coahuila en 1856. El liderazgo regional que ostentaba Nuevo León (y más específicamente Monterrey) en términos económicos, terminó por afectar también a la educación universitaria. Las clases dieron comienzo en la nueva Universidad un 25 de septiembre de 1933, pero en enero de ese mismo año el escritor Alfonso Reyes había formulado un elocuente «voto por la Universidad del Norte», con el que pretendía significar el «orgullo de los mexicanos del Norte» (Pedraza, 1996, p. 148).

Con la intención de «acelerar el desarrollo civilizador» empezó a hablarse de una universidad a partir de 1920. Según se planteó, ésta podía ser el *reflejo* de la Universidad Nacional de México (UNM) en el norte del país, por lo que los consejos solicitados a José Vasconcelos, a la sazón rector de la UNM y futuro Secretario (ministro) de Educación Pública, fueron fundamentales; máxime cuando el propio Vasconcelos había previsto establecer en el país cuatro universidades más, incluida la de Nuevo León. El proyecto de universidad se vio alentado también por la situación de la educación superior en el Estado, que adolecía de graves deficiencias (Salinas, 1983). En febrero de 1933 se crea un Comité Organizador de la Educación Universitaria con objeto de reunir en una sola institución a todas las escuelas profesionales sostenidas por el gobierno estatal. Los directores de esos establecimientos presentaron conjuntamente una propuesta de ley al Congreso del Estado, aprobada el 31 de mayo de 1933. El edificio del Colegio Civil, que seguía siendo por entonces el más amplio y céntrico de cuantos se destinaban a la educación superior, fue elegido para albergar

las oficinas de las autoridades universitarias, siendo sede también, poco después, de algunas Facultades de la nueva institución como Ingeniería Civil. En 1934 la Universidad fue clausurada como consecuencia de una serie de disputas políticas e ideológicas que se originaron en la capital del país y que se dejaron sentir también en Nuevo León; muchos grupos sociales y religiosos locales no aprobaron la imposición de una educación socialista. Aunque el desarrollo de la recién fundada UNL quedó temporalmente en suspenso, la creación de un Consejo de Cultura Superior (1935) permitió coordinar las Escuelas y Facultades que se habían integrado a la Universidad dos años antes. Hasta 1943 no se pudo restablecer plenamente la Universidad de Nuevo León, que pasó a estar vigilada desde entonces por un Consejo Universitario.

2. Definición de un marco físico universitario en el contexto de la Modernidad: arquitectura y urbanismo

La ciudad, lo urbano —en oposición al medio rural—, es inherente a la modernidad, a una modernidad definida a partir de la industrialización y el desarrollo tecnológico. Vista en términos positivos, tal como hicieron los artistas de vanguardia, la ciudad es el ámbito donde el ser humano alcanza su máximo desarrollo (gracias a la técnica) y su plena realización. No hay más que leer el poemario *Urbe* (1924), de Manuel Maples Arce, u otros escritos del movimiento estridentista mexicano, para percatarse de lo apologético que resulta el acercamiento a la ciudad. Pero esa relación con la ciudad es contradictoria desde el momento en que las partes viejas o históricas de ésta, a menudo despreciadas por insalubres y poco funcionales, simbolizan el pasado. De la necesidad de hacer tabla rasa del pasado para sentirse auténticamente modernos da testimonio Teodoro González de León, quien jugó un importante papel en la gestación de la Ciudad Universitaria (CU en adelante) de la UNAM, Patrimonio de la Humanidad desde junio de 2007. González de León (1996), que inició los estudios de arquitectura en 1943, cuando la Escuela se encontraba todavía en las instalaciones de la Academia de San Carlos, confiesa el «ardor» que provocaba por entonces en los alumnos la ideología del Movimiento Moderno y reconoce la fascinación que ejerció en ellos el *Plan Voisin* trazado por Le Corbusier para París en 1925, hasta el punto de que, con ese modelo, «Armando Franco y yo soñábamos con una ciudad de México arrasada, en la que sólo quedarían los monumentos y los nuevos edificios, entre jardines, parques y autopistas». Y añade: «Fue en 1946 cuando logramos hacer triunfar nuestra idea de la Ciudad Universitaria» (pp. 9-10). Es decir, ni el París medieval que quiso destruir Le Corbusier ni la vieja ciudad de México que soñaba con arrasar González de León se prestaron a tamaño desatino. Con semejante radicalismo no fue fácil intervenir en la ciudad heredada. Pero no faltaron alternativas; es el caso de las ciudades universitarias. En relación a Ciudad de México, la CU de la UNAM es mucho más que una ciudad dentro de otra. Cuando se proyectó, en los terrenos de El Pedregal de San Ángel, se rebasaron con creces los límites de la urbe tradicional, lo que atestigua su vocación de ciudad autónoma, de verdadero microcosmos moderno.

La modernidad plena (ortodoxa en muchos sentidos) llega a México de manos de la Revolución de 1910-20. La dictadura de Porfirio Díaz fomentó una modernización entendida sobre todo en términos industriales y materiales, pero en lo relativo al gusto, es decir, a cuestiones estético-artísticas y culturales, se mantuvo en órbitas más tradicionales. La arquitectura mexicana evidencia los primeros síntomas de cambio en torno a 1924, cuando José Villagrán García (1901-1982) se hizo cargo —con tan sólo 23 años— de la cátedra de Teoría de la Arquitectura en la Escuela del ramo. La suya dio en ser una aportación principalmente teórica, y más en concreto compositivo-metodológica (de coherencia con la tecnología constructiva moderna), en virtud de la cual fue desbrozando el camino. Pero la mayor convulsión de la época, en lo que a arquitectura moderna se refiere, parece haberla provocado Juan O’Gorman (1905-1982), sólo cuatro años más joven que Villagrán, con las casas para Diego Rivera y Frida Kahlo en San Ángel (D. F., 1931-32), que siguen muy de cerca la estética maquinista corbuseriana. Estamos, ha dicho Víctor Jiménez (1997), «no sólo frente a las primeras casas modernas de México, sino ante las más modernas que aún podemos ver por aquí». Sin embargo, la modernidad radical empieza a expresarse en México desde la aparición del primer manifiesto del movimiento estridentista (*Actual n. 1. Hoja de Vanguardia*), redactado en 1921 por Manuel Maples Arce. Aun siendo un grupo integrado básicamente por escritores (poetas sobre todo) y carente por completo de arquitectos, esta corriente de vanguardia tuvo también sus derivaciones plásticas y mostró enorme interés —expresado en clave literaria, gráfica, pictórica, fotográfica, etc.— por la ciudad y lo urbano como ámbito de máxima realización, expresión y pulsión de lo moderno. El movimiento llegó a plantearse, como ideal o proyecto más o menos utópico, la fundación de *Estridentópolis*, ciudad “futurista” que durante un par de años (1925-27) se identificó con Jalapa, capital de Veracruz (v. Schneider, 1985).

Pero, por más que los inquietos alumnos de arquitectura de San Carlos trataran de parecerse a Le Corbusier, la modernidad arquitectónica que arraiga en México no es tan radical (léase fría, inexpresiva...) como la de sus fuentes europeas. Esto sería aplicable a todo el ámbito latinoamericano. Montaner (1993) ha presentado la arquitectura moderna de Brasil y México como «exuberante, monumental, de alarde estructuralista e integradora de las artes» (p. 25). Sin renunciar a los fundamentos geométricos y tecnológicos de la modernidad ortodoxa, los arquitectos modernos latinoamericanos se mostraron decididos a imprimir «carácter» y expresividad a sus edificios, algo que debe entenderse como resultado de su preocupación por el lugar y la idiosincrasia de los *lugareños*, por el contexto cultural de los pueblos. De este modo fue posible seguir sirviéndose de la arquitectura como vehículo de expresión de la identidad nacional, identidad que en aquel entonces, y como correlato del episodio revolucionario (que trató de sacar de la infamia a la población indígena), puso el

acento en las raíces prehispánicas³. En México esa querencia contextual se encuentra incluso en obras de una modernidad tan exaltada como la de las ya referidas casas para Diego Rivera y Frida Kahlo, donde una barda de cactus (bastante común en muchos pueblos del país) delimita la parcela; si a ello se añade la apuesta por el color, no debe extrañar que se haya hablado de «la más desconcertante combinación de vanguardia internacional y sensibilidad popular mexicana» (Jiménez, 1997).

No es difícil advertir en la CU de la UNAM los rasgos que menciona Montaner: en tanto cualidad de raigambre barroca, la exuberancia (tan ligada a lo colonial) anida en la piel musiva de la Biblioteca de O'Gorman; no falta alarde estructural en la plazoleta de Ciencias, concretamente en el Pabellón de Rayos Cósmicos, cuyo abovedamiento parabólico (tan al estilo de Félix Candela⁴) funciona simultáneamente como cerramiento y cubierta; los diversos murales y *escultopinturas* repartidos por el conjunto son claro testimonio de integración plástica, acorde, por lo demás, con la tendencia *escultórica* que empieza a manifestarse en la arquitectura moderna de aquel entonces (Ronchamp); de la monumentalidad, por último, dicen mucho basamentos y escalinatas, así como la gran escala del conjunto, que tanto recuerda a los centros ceremoniales prehispánicos (como Monte Albán, Oaxaca). Además, el revestimiento de tezontle que presentan muchos muros revela de manera meridiana el deseo de aprovechar los materiales que ofrece el lugar (y toda la región), al que se rinde, de ese modo, tributo y homenaje. Es decir, no se trata sólo de interés práctico, sino también cultural y simbólico, en atención al origen náhuatl del vocablo y al uso que le dieron a esta roca volcánica los antiguos *mexicas*. Eso por no mencionar la deuda formal del Estadio con los conos volcánicos del valle de México.

El propio asentamiento elegido (Pedregal de San Ángel), donde se hallaron restos arqueológicos prehispánicos, permitió establecer (con absoluta satisfacción) una *natural* continuidad o entronque histórico: de las ruinas de la vieja civilización nacía la CU en la que se forjará, a través del saber, el futuro de la nación. Las áreas deportivas del conjunto ofrecen otro interesante ejemplo en los frontones, que se han visto como «un ensayo de interpretación de la plástica prehispánica mediante el uso de taludes y paramentos de piedra volcánica» (De Anda, 1995/2006, p. 196). Asimismo, los motivos figurados del mosaico envolvente de la Biblioteca constituyen una reinterpretación moderna de la tradición histórica y cultural del país. Se advierte, no obstante, mayor compromiso con el elemento prehispánico (indígena) que con

³ La Revolución indujo a «redescubrir México» y a «reencontrar las verdaderas raíces mexicanas», cifradas en el pasado prehispánico. Por otra parte, es significativo el hecho de que, en tiempos de Porfirio Díaz, se dotase a la vieja Universidad (la de la ciudad histórica) de una nueva fachada (que daba a la calle Justo Sierra) de estilo neocolonial, debida a Samuel Chávez. La modernidad arquitectónica mexicana no podía comulgar con las ideas de Federico Mariscal, quien abogaba en *La patria y la arquitectura nacional* (1915) por recurrir al «antecedente de la arquitectura novohispana como el más viable para sustentar una nueva arquitectura» (MANRIQUE, 1994, p. 128).

⁴ De hecho, la delgada cubierta fue calculada por Candela, si bien el diseño corresponde a Jorge González Reyna.

el colonial (hispano) en la definición de la identidad nacional, por más que ambos momentos estén representados. En términos formales, la composición es solidaria de un *horror vacui* que apela por igual al arte indígena y al de la colonia, pero el tratamiento geométrico, plano y sintético de las figuras remite en mayor medida a lo precolombino, lo cual coadyuva a potenciar el vínculo con una plástica moderna resuelta a menudo de manera parecida; recuérdese dónde habían buscado inspiración artistas de vanguardia como Picasso (arte ibérico primitivo, arte negro africano) o Modigliani (arte cicládico). Sin embargo, otros tratamientos, cromáticos y de texturas, se alejan del funcionalismo estricto, del purismo maquinista corbuseriano. Téngase en cuenta que los principios de la modernidad radical que representaba la corriente funcionalista empezaron a cuestionarse seriamente en los años en que fue proyectada y construida la CU de la UNAM (1946-54), que no en vano es un producto tardomoderno. Actuaciones como esta, visto el alcance y los felices resultados de la misma, contribuyeron sin duda a agudizar esa crisis y a estimular una renovación (dentro de la modernidad) en la que figuras de talla internacional como el finlandés Alvar Aalto o el propio Luis Barragán tendrán mucho que decir.

Una de las consecuencias que trajo aparejada la renovación de la modernidad mexicana, sobre todo a través de Barragán, fue el desprendimiento de los valores que identificaban a México con la cultura prehispánica. De hecho, la arquitectura *emocional* de Barragán debe mucho a las fuentes coloniales, sobre todo al componente islámico de lo español. Barragán, además, renegará del ingrediente funcionalista de la modernidad mexicana, en especial de sus apuestas vítreas. Es más, con excepción de la Biblioteca de O’Gorman, el desdén domina la valoración que hace Barragán de la CU, aun cuando él mismo habría participado en la empresa, ocupándose de asuntos relativos a forestación y jardinería. Las siguientes palabras del maestro tapatío son bien elocuentes a este respecto:

—Te voy a preguntar también a ti una cosa, Elenita. ¿Con qué sustituyes los muros? ¿Con vidrio? ¿Con materiales modernos? El vidrio ha fracasado porque el hombre no se siente abrigado en un edificio con paredes de cristal. [...]; el vidrio te da una sensación de desamparo, de exposición a todos los vientos, a todas las inclemencias. Además, nadie necesita esa cantidad de luz, sobre todo en un país como el nuestro en que la luz llega incluso a herir la retina. El vidrio ha fracasado en todos los edificios, en las oficinas públicas, en Ciudad Universitaria, en las casas particulares. Los cubículos de Ciudad Universitaria no son nada acogedores; [...]. En Ciudad Universitaria lo único que te da sensación de tranquilidad es la Biblioteca de Juan O’Gorman, un edificio funcional y, si te fijas bien, sabrás que O’Gorman suprimió las ventanas; a mí me interesa mucho ese edificio por el aislamiento que proporciona, porque sé, además, que el hecho de leer exige aislamiento, tranquilidad. A través de todas esas superficies de vidrio la penetración del ruido es otro elemento de agresión (Poniatowska, 1990, pp. 14-15).

La modernidad se abrió paso a través de los jóvenes. Es significativo el caso de Teodoro González de León, Armando Franco y Enrique Molinar, quienes en 1946 eran todavía estudiantes de la carrera de arquitectura y, como tales, fueron capaces de pergeñar el proyecto de CU que ganó el concurso nacional convocado para su construcción. Aun cuando es preciso reconocer el papel que jugaron después Mario Pani y Enrique del Moral como directores del proyecto ganador, lo cierto es que las propuestas que éstos presentaron al precurso de ideas que tuvo lugar en el seno de la Escuela de Arquitectura resultaron «decepcionantes» por academicistas; conviene recordar que Pani se había formado en la *École des Beaux-Arts* de París (Manrique, 1994, p. 126). González de León (1996) relata así el episodio:

El plan se echó a andar. Se decidió que se haría un concurso nacional del Plano de Conjunto y el Rector de la Universidad invitó a la Escuela de Arquitectura para que participara en el concurso. Los seis maestros de composición se pusieron de acuerdo para hacer entre ellos un precurso de ideas y elegir la que sería desarrollada con el apoyo de todas las escuelas. Se dieron un mes de plazo. Yo cursaba el final del cuarto año y trabajaba con Mario Pani (Pani y Del Moral tenían su oficina en el mismo edificio). Personalmente dibujé, con mi amigo y condiscípulo Armando Franco, el plano que presentó Pani. Era una típica solución académica a la manera del siglo XIX; una avenida que partía en diagonal de [Avenida] Insurgentes y remataba en un sistema de tres glorietas que agrupaban el conjunto de las escuelas; un plano que ahora sería el deleite de los postmodernos neoadadémicos. Curiosamente, la idea de Del Moral era idéntica: la avenida diagonal, las glorietas, etcétera. Ganaron el precurso y habilitaron un taller de las escuelas en el que empezó a desarrollarse la propuesta para el concurso nacional [...]. Armando Franco y yo estábamos desolados: veíamos perderse una oportunidad única de aplicar las ideas del nuevo urbanismo que proclamaba el Movimiento Moderno; en particular las de Le Corbusier, en cuyos seguidores nos habíamos convertido. Éramos también, lo veo a distancia, sumamente rebeldes (pp. 36-37).

Fue precisamente esa rebeldía la que condujo a estos jóvenes a abandonar el despacho de Pani y hacer una propuesta propia. Y como modernidad llama a modernidad, terminaron presentando su idea a José Villagrán (de Pani y Del Moral no obtuvieron respuesta), quien no pudo participar en el precurso al no ser profesor de Composición. Continúa diciendo González de León (1996):

La gran sorpresa ocurrió en una reunión en el salón de actos, en la que se hizo la presentación ante el rector Zubirán del avance del concurso. Se pasaron las diapositivas con las seis ideas del precurso y las láminas del avance de los ganadores. Antes de terminar el acto se levantó Villagrán —y esto es algo que siempre que lo recuerdo me conmueve— con nuestra lámina original y dijo que faltaba mostrar una idea que a él le parecía la mejor, que tenía un concepto urbanístico moderno y que asombrosamente era la propuesta de tres alumnos. Fue una bomba. A partir de ese

momento el apoyo de toda la Escuela (alumnos y maestros) se volcó sobre nosotros y quedamos como coordinadores para el desarrollo, con 60 ó 70 alumnos y maestros bajo nuestra coordinación. Se dibujaron con una pasión febril unas 50 láminas, aparte del enorme plano de conjunto y la monumental maqueta. Además de la Escuela, participaron tres arquitectos en el concurso nacional. Ganó el de la Escuela, que era muy superior. [...]. Pero a partir de ese momento fuimos poco a poco desplazados de nuestra posición de coordinadores (pp. 37-38).

Aun así, y a pesar de los añadidos y modificaciones hechos en el proyecto de los estudiantes *rebeldes*, la idea original se mantuvo en lo esencial: la gran plaza rectangular (“campus”) delimitada por edificios. Este modelo, que tiene en el país notables precedentes prehispánicos y coloniales, fue adaptado arquitectónicamente por González de León en varios de sus edificios posteriores, que gravitan así en torno a patios. Según confesó él mismo (1996), fue en San Carlos donde aprendió las virtudes del espacio central distribuidor, «su eficacia para organizar programas complejos, su valor como congregador, como formador de lazos comunales» (pp. 26-27). Nótese, asimismo, lo habitual que resulta el recurso al patio como elemento organizador en muchos edificios de la CU de la UNAM, como lo será también en los de la de Monterrey.

3. La Ciudad Universitaria de Monterrey

La CU de la Universidad de Nuevo León (Autónoma desde el 5-6-1971) se localiza en el municipio de San Nicolás de los Garza, Área Metropolitana de Monterrey, y es la segunda en su género que se realizó en el país, sólo por detrás de la de El Pedregal de San Ángel. La idea de una CU se planteó por vez primera en Nuevo León a finales de 1949 (Lozano, 1998, p. 138). Es decir, el punto de partida (la intención) es anterior incluso al inicio de los trabajos de construcción de la CU de la UNAM, que, según Manrique (1994), data «realmente» de 1950. En julio de este mismo año se solicitó formalmente al presidente Miguel Alemán, de visita en Monterrey, la cesión del predio del Campo Militar situado al norte de la ciudad, que era propiedad federal, para construir en él una CU. La cesión de terrenos se produjo en octubre de 1952, pero los condicionantes que llevó aparejados⁵ no permitieron hacerla efectiva hasta febrero de 1957, fecha en la que dieron inicio los trabajos de construcción.

En febrero de 1953 una comisión del Patronato Universitario visitó al presidente Ruiz Cortines, obteniéndose como resultado del encuentro la designación del arquitecto Pedro Ramírez Vázquez, a la sazón subsecretario de Comunicaciones y Obras Públicas, como coordinador de planeación de la CU. Un año después, en marzo de 1954, Ramírez Vázquez presentó en Monterrey el proyecto de conjunto (Fig. 2).

⁵ El gobierno del Estado debía encargarse, a cambio, de construir una nueva ciudad militar y acondicionar el predio cedido para la urbanización y construcción de los edificios universitarios (LOZANO, 1998, p. 155).

Al igual que ocurrió en la CU de la UNAM, las prisas abocaron a una inauguración anticipada que se hizo coincidir, en 1958, con el aniversario de la Revolución Mexicana; curiosamente, fue también un 20 de noviembre, pero de 1952, cuando se inauguró la CU de El Pedregal. En noviembre de 1958 tuvo lugar una inauguración parcial que afectó a las obras concluidas hasta ese momento. Es significativo el hecho de que el 4 de octubre de ese mismo año fuera nombrado rector Joaquín A. Mora, único arquitecto que ha ocupado ese cargo hasta hoy; fue, probablemente, una decisión estratégica, con la que se pretendió estimular la conclusión definitiva de los trabajos. La Universidad de Nuevo León contaba en aquel tiempo (1958) con poco más de ocho mil alumnos. Jalisco y Puebla eran en aquel tiempo las dos únicas entidades federativas que, tanto por población como por potencial económico, hubieran podido abordar una empresa de estas características, pero no lo hicieron. En el caso de Guadalajara, cuya Universidad (UdeG) se crea en 1925, ocho años antes que la de Nuevo León, esto se explica en virtud de una organización que optará por centros temáticos y centros regionales; los primeros fueron concebidos como organismos «desconcentrados» de la UdeG que enfocan su actividad en campos de conocimiento afín. Además, las fechas son posteriores: el Centro Universitario de Ciencias Sociales y Humanidades, que es el más antiguo de todos ellos, data de 1961-64.

La principal diferencia de Monterrey con respecto a Guadalajara y Puebla es su mayor lejanía con respecto a la capital del país. Este factor parece haber sido determinante en el apoyo que recibió la iniciativa regiomontana del gobierno federal. De ahí también el alcance supraestatal o regional que tuvo la Universidad de Nuevo León, lo cual recuerda, aunque sea a otra escala, la condición supracapitalina de la UNAM, cuya pretensión no fue regional sino nacional, como bien atestigua el propio nombre de la institución. Monterrey era y sigue siendo en la actualidad la ciudad más poblada, industrializada y dinámica en términos económicos de todo el norte del país, y eso es algo que no pasó desapercibido para nadie. Federico Gómez, editorialista del diario local *El Porvenir*, ya señaló en julio de 1950 (aprovechando la visita de Miguel Alemán a la ciudad) el «carácter regional» de la Universidad de Nuevo León. Y es que a esta institución llegaban jóvenes de distintas partes del país, sobre todo de los Estados vecinos:

Tenemos Universidad de Nuevo León, pero lo poco que tenemos es en realidad Universidad de Tamaulipas, Nuevo León, Coahuila, Zacatecas y Durango, porque el cuarenta por ciento de los estudiantes universitarios en Nuevo León pertenece a los cuatro Estados vecinos. [Gómez critica abiertamente la] ...indiferencia en que hasta el presente se le ha mirado [a la Universidad del Estado] por los gobiernos de la República, no ya como Universidad de Nuevo León, sino como Universidad del Norte que es (Gómez, citado en Rangel, 1994, pp. 7 y 10).

Era natural, por tanto, que la Universidad de Nuevo León fungiese, aunque fuera de manera más oficiosa que oficial, como Universidad del noreste del país. Téngase

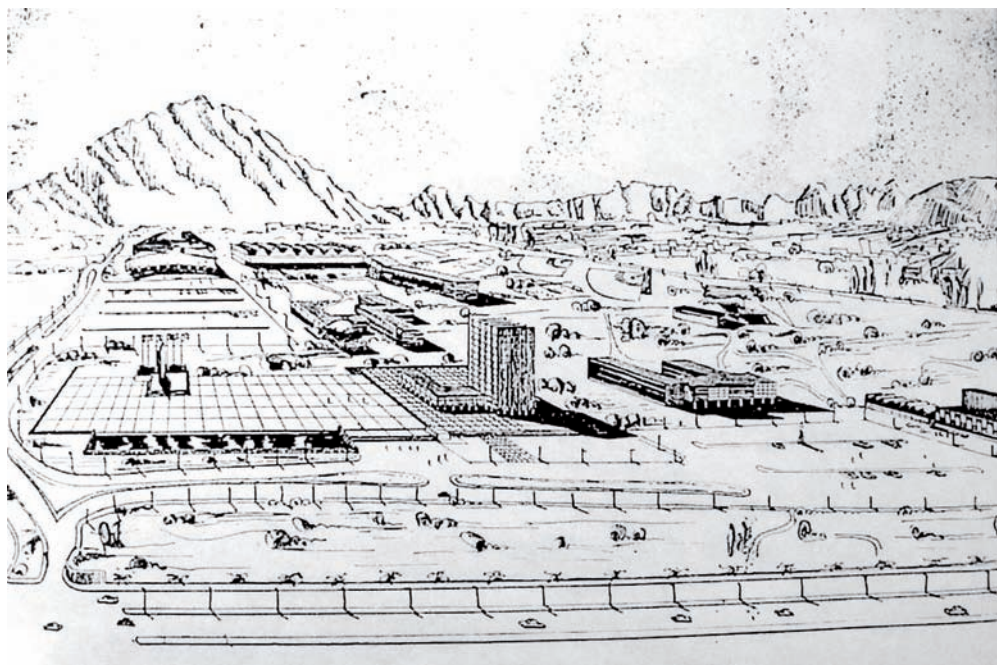


Fig. 2. Perspectiva de conjunto de la Ciudad Universitaria de Monterrey, de acuerdo al proyecto presentado por Pedro Ramírez Vázquez en 1954

en cuenta que el siguiente establecimiento universitario que entró en funcionamiento en la región, el de Coahuila, fue creado en 1945 pero no inició actividades hasta 1957. No incluimos aquí, por tratarse de una institución privada y no ser concebida estrictamente como universidad, al ITESM, creado en 1943 y ya en proceso de consolidación, expansión y crecimiento a mediados de siglo. Mario Pani indicaba en 1950 que las escuelas de la capital estaban «superpobladas»; en consecuencia, decía, «es indispensable que en provincia se establezcan otras universidades, pues así los profesionales de los Estados no abandonarán sus ciudades ni vendrán a congestionar la metrópoli» (Paz, 2002, p. 25).

La influencia ejercida por la CU de la UNAM en su homóloga de Nuevo León es indiscutible y se expresa de diversas maneras. En la designación de Pedro Ramírez Vázquez como coordinador del proyecto regiomontano se alentó ya a actuar «utilizando las experiencias de la construcción de la Ciudad Universitaria de México» (Rangel, 1994, p. 67). El punto de partida empieza siendo análogo en lo referente a la necesidad de lograr una Universidad integral, susceptible de formar personas con «conciencia de universalidad». En términos físicos esto equivalía a reunir en un mismo espacio los planteles dispersos. En el caso de Monterrey la dispersión fue menor (el Colegio Civil aglutinó muchos estudios), pero también existió. Fue preciso renunciar al modelo

universitario heredado de la colonia (europeo-latino), caracterizado por la dispersión de disciplinas y edificios en la parte vieja de la ciudad, y apostar por el sistema concentrado de raigambre anglosajona, cuyo origen se remonta a los monasterios medievales alejados de las ciudades. Ello hizo volver la vista hacia Estados Unidos: el presidente Alemán, *mecenas* de la CU de la UNAM, cuyo proyecto modernizador alcanzó también a dar el beneplácito a la CU de Monterrey, estaba «deslumbrado por los campus del vecino del norte» (González de León, 1996, p. 35). Pero a pesar de la cercanía (física, cultural e ideológica) de Monterrey con Estados Unidos, la influencia que pudo recibir la CU de Nuevo León de los *campi* norteamericanos fue a través de El Pedregal. Manrique (1994) ha destacado el «carácter de ejemplaridad» que tuvo la construcción de ésta (p. 126). Pero el modelo norteamericano no resultó del agrado de todos. González Rodríguez (2002) ha dicho que al poeta Salvador Novo nunca le gustó la CU de México: «presentía como un implante ajeno a su gusto y sensibilidad el complejo educativo asentado en El Pedregal de San Ángel, heraldo vergonzoso, a su vez, de la norteamericanización del país» (p. 109).

¿Hubo otros modelos donde elegir? Probablemente no, al menos en términos conceptuales; otra cosa son los ejemplos particulares. El hermanamiento cultural con España pudo conducir a algunos (¿Pani?) a fijarse en la Ciudad Universitaria de Madrid (en proyecto desde 1928), de la que debieron dar testimonio en México muchos de los intelectuales republicanos que se vieron forzados al exilio después de la guerra civil de 1936-39. No podemos dejar de recordar en este punto la consideración que le mereció al joven González de León (2002) el primer proyecto de Pani para la CU de México: «me pareció muy triste. Era un urbanismo decimonónico, con glorietas, ejes. Era totalmente volver al siglo XIX» (p. 18). La solución mexicana es notoriamente distinta de la madrileña, tanto en lo urbanístico como en lo arquitectónico; en este último aspecto la CU de Madrid combinó tendencias *beaux-arts*, secesionistas y protorracionalistas («racionalismo experimental»), es decir, una apuesta ecléctica bastante alejada del funcionalismo —en ocasiones estricto— de El Pedregal. Más en línea con este conjunto está la Ciudad Universitaria de Caracas, de Carlos Raúl Villanueva, declarada Patrimonio de la Humanidad en 2000. No obstante, la de Caracas se realizó a lo largo de mucho tiempo (1944-1964) y por un solo proyectista.

A diferencia de la Ciudad de México, en Monterrey no llegó a haber un verdadero barrio universitario en el primer cuadro de la ciudad, pero ello no excluyó la presencia de un abultado número de estudiantes en la zona. Por lo mismo, el traslado a la nueva CU no fue tan *traumático* para el viejo centro urbano como en la capital del país, aunque sí se dejó sentir, considerando incluso el carácter progresivo que tuvo. Se trató en ambos casos de un traslado del centro a la periferia de la ciudad, pero las distancias no son equiparables; la huida de la ciudad fue mucho más acusada en el caso de la UNAM. De hecho, los terrenos de la CU de Monterrey fueron elegidos en base a la consideración de que la expansión de la ciudad ya los había convertido prácticamente en área urbana (Rangel, 1994, p. 61). Con la nueva urbanización universitaria llegó la conurbación de los municipios de Monterrey y San Nicolás de los Garza. En México, sin embargo, la lejanía de la CU con respecto al centro

urbano llegó a verse como una traba⁶. El principal problema de la CU de Monterrey es su incómoda vecindad con industrias siderúrgicas altamente contaminantes; un problema ambiental y de incompatibilidad de usos de suelo tanto más exasperante si se compara con el entorno casi paradisíaco de El Pedregal de San Ángel. Al distinto ambiente artificial deben añadirse también sustanciales diferencias climáticas, topográficas y culturales. Poco tiene que ver el duro y extremoso clima regiomontano con el de la Ciudad de México, bastante más suave y equilibrado. La capital del país se asienta en un área volcánica y muy sensible a los temblores de tierra; nada de eso acontece en Monterrey. En términos culturales es evidente que la huella de las antiguas civilizaciones mesoamericanas ha estado siempre mucho más presente en el centro y sur del país que en las regiones mexicanas de la antigua Aridoamérica, donde la cultura indígena resulta casi “exótica”. Más allá de las concomitancias existentes entre las dos CU, que son muchas, es indudable que todas estas diferencias van a reportar carácter y distinción a cada una de ellas. En Monterrey no se cuenta con piedra volcánica para construir; tratándose de materiales, la “identidad” se expresa aquí a través de la potente industria cementera local.

El terreno donado por Ávila Camacho a la UNAM en 1946 era de casi 733 hectáreas, es decir, más de 7 millones de metros cuadrados (González de León, 2002, p. 18). Las 334 hectáreas previstas inicialmente para la CU de Monterrey quedaron reducidas finalmente a 126 (v. Rangel, 1994, pp. 64-65) (Fig. 3). Las consecuencias de esta severa merma se dejaron sentir algunos años después cuando, ante la imposibilidad de seguir creciendo en CU, fue necesario buscar un nuevo asentamiento. Así nació la Unidad Mederos, situada al sur de Monterrey y muy alejada de CU; los primeros edificios de ese campus, que fue inaugurado oficialmente en octubre de 1982, datan de 1964. La falta de espacio en CU ha terminado conduciendo a la situación de partida, la dispersión, conculcándose así las aspiraciones iniciales de unidad e integración espacial. La CU de la UNAM, en cambio, se pensó en grande porque se vislumbró un crecimiento a futuro. La diferencia de magnitudes es muy significativa también en otros ámbitos, como el número de alumnos, muy superior en la UNAM.

Si comparamos ambos conjuntos a través de fotografías tomadas a vista de pájaro, las analogías formales son muy significativas. Como elementos visualmente jerárquicos destacan las áreas deportivas, tanto en su sección de exhibición (concretada en los grandes estadios) como en la de entrenamiento, con una serie de campos de juego que en Monterrey siguen la misma disposición escalonada (en planta) que presentan los de El Pedregal. Paradójicamente, al Estadio de Monterrey, que no es olímpico (no cuenta con pista de atletismo), se le conoce en la jerga futbolística como “el volcán”, debido a la efervescencia que caracteriza a la hinchada local; el término, sin embargo, parece más apropiado, al menos en atención a criterios formales y

⁶ Entre otras cosas porque los alumnos de Medicina se verían obligados a desplazarse de nuevo al centro urbano para hacer sus prácticas en hospitales. Tal vez por eso se optó en Monterrey por mantener las facultades médicas próximas al Hospital Civil (1943, convertido en Universitario en 1952).



Fig. 3. Vista aérea de la Ciudad Universitaria de Monterrey. Nótese, a la derecha de la imagen (oriente), el emplazamiento de las industrias siderúrgicas y la imprescindible barrera verde de amortiguación en el espacio universitario

constructivos, para el Estadio de El Pedregal. Existen notorias diferencias entre ambos (por ejemplo, de capacidad, pues el Estadio Olímpico puede acoger al doble de espectadores que el “volcán” regiomontano), pero también se dan concordancias: el basamento sobre el que asientan los graderíos del Estadio de Monterrey presenta un revestimiento de piedra-laja irregular y juntas destacadas que recuerda claramente el acabado de tezontle de los taludes del Estadio de El Pedregal. Aparte de éste, los otros dos grandes hitos arquitectónicos de la CU de la UNAM son la Torre de Rectoría y la Biblioteca Central. La CU de Monterrey cuenta también con una Torre de Rectoría que, al igual que aquella, domina por su emplazamiento (ligeramente elevado con respecto al resto de edificios) y por su altura (11 pisos frente a los 14 de la de México). Téngase en cuenta que, al albergar las funciones de administración y gobierno de la Universidad, es el elemento jerárquico por excelencia. La altura debe entenderse así en clave simbólica; en términos funcionales estaría más justificada en Monterrey que en México, pues El Pedregal no planteaba problemas de espacio. Las analogías alcanzan también a la solución compositiva del edificio, que en el caso de México fue resuelto por Pani y Del Moral a partir de un potente volumen prismático con fachadas de vidrio, cuya verticalidad se ve contrarrestada por un segundo cuerpo acusadamente horizontal, que se utilizó como vestíbulo de ventanillas para atención a estudiantes. El edificio de Rectoría de la UANL repite exactamente este modelo,

tanto a nivel compositivo como de funciones. En cuanto a la Biblioteca Central (“Magna” en Monterrey), la Universidad de Nuevo León no la ha tenido hasta fechas relativamente recientes (1993-94), cuando el espacio de CU ya estaba muy saturado. Ello obligó a relegar el nuevo edificio, proyectado por Ricardo Legorreta, a un espacio próximo al extremo sur de CU, pero separado físicamente de ella⁷, de tal modo que no existe comunicación directa con el conjunto; para llegar a la Biblioteca Magna desde el recinto universitario es preciso salir de éste y dar un incómodo rodeo a través de distintas vialidades urbanas. Por lo mismo, se imposibilita toda relación dialéctica con la arquitectura y el urbanismo de CU; de hecho, la Biblioteca Magna es un edificio completamente autónomo. Por otra parte, la “Capilla Alfonsina” (1980) pudo estar llamada a desempeñar el papel de Biblioteca Central debido a la posición privilegiada que ocupa, frente a Rectoría, pero el edificio, destinado principalmente a albergar la biblioteca personal de Alfonso Reyes, resulta por completo anodino, siendo un puro contenedor. Eso por no mencionar la negligente usurpación de un espacio abierto tan importante en el diseño de conjunto como la plaza de Rectoría.

La especialización del espacio universitario que se da en México en atención a las dos grandes áreas de conocimiento (Ciencias y Humanidades) se repite en Monterrey, aunque adoptando otra composición. Se trata de dos ejes que parten de (o convergen en) la Torre de Rectoría: el eje sur-norte correspondería a Humanidades y el eje este-oeste a Ciencias. Del primero participan las Facultades de Derecho, Filosofía y Letras, Trabajo Social, y Contaduría Pública y Administración. El segundo podría leerse en dos bloques: por una parte, el que agrupa a los centros de Ciencias Biológicas, Ciencias Químicas y Ciencias Físico-Matemáticas; por otra, el que reúne a las Ingenierías (Mecánica-Eléctrica y Civil) y a Arquitectura. Nótese que esta última Facultad, como ocurre en El Pedregal, es la más próxima a Rectoría y tiene como vecinas a las ingenierías, lo que sugiere una vez más el sesgo técnico (en detrimento del componente artístico) que asume la carrera en la modernidad y que llega hasta nuestros días; el grupo de las artes, al que no quiso pertenecer Arquitectura, se congregó años después en la Unidad Mederos. El cuadrante noroccidental de la CU de Monterrey quedó como área deportiva, que incluyó varios campos de fútbol, pistas de atletismo, campo de béisbol, alberca olímpica, etc. El extremo norte del recinto permaneció algún tiempo como área residual, siendo ocupada después por dependencias auxiliares de diversas Facultades (centro de idiomas, posgrados, etc.).

Por lo que respecta al tema de las circulaciones, se siguió parcialmente el modelo de la UNAM; esto quiere decir que se optó también por un sistema periférico, pero no se logró separar completamente los tránsitos de peatones y automóviles. En México es factible llegar desde las Facultades al Estadio Olímpico sin verse afectado por el tráfico de Insurgentes, debido al paso a desnivel abierto bajo la avenida. En Monterrey esto no es posible: quien quiera llegar al Estadio desde el área académica deberá atravesar forzosamente la Av. Pedro de Alba, que parte en dos la CU, de este a oeste, y está

⁷ Entre el área de estacionamiento del estadio, límite sur de CU, y el espacio de la Biblioteca Magna “Raúl Rangel Frías” se interponen unas instalaciones militares.

abierta (al menos durante el día) al tránsito de automovilistas ajenos a la Universidad. Lo mismo ocurre con el flujo peatonal (muy importante) que diariamente se dirige hacia (o procede de) Av. de Universidad, donde tienen parada numerosos autobuses. Y otro tanto sucede en la parte norte, donde la urbanización de la zona inicialmente residual terminó por rebasar el periférico planteado en origen. Dentro de CU no existen pasos a desnivel, ni subterráneos ni elevados, lo cual es indicativo de la menor atención prestada al peatón y de la subordinación de éste al automóvil; así lo confirma también la prolongada ausencia de andaderos cubiertos, que sólo han comenzado a aparecer en los últimos años. A excepción del límite sur, el resto del recinto queda fuertemente constreñido por vialidades metropolitanas de alta capacidad vehicular.

La CU de Monterrey fue producto, como la de México, de un nutrido grupo de arquitectos e ingenieros, en su mayoría locales, que produjeron así una obra de conjunto (Lozano, 1998, p. 204). Se trabajó con rapidez. La industrialización y mecanización de la construcción, así como la adopción de soluciones arquitectónicas racionalistas, tuvieron mucho que ver en ello. La arquitectura moderna ya había hecho acto de presencia en la ciudad desde comienzos de la década de 1940. La iglesia de Cristo Rey (1943-44), del arquitecto Eduardo D. Belden, que nos trae a la memoria las diseñadas por Perret en París dos décadas antes, es uno de los primeros ejemplos; tanto más significativo, además, cuanto que afecta a una tipología tradicionalmente conservadora. A ella podrían sumarse varias obras de Enrique de la Mora y Palomar como el proyecto general y edificios del ITESM (desde 1945), la iglesia de La Purísima (1946, Premio Nacional de Arquitectura) y el Colegio Labastida (1948-56). Pero la arquitectura de la CU de Monterrey tiende, como la de El Pedregal, a atenuar el funcionalismo estricto. Hallamos en ella muchos elementos modernos, que van desde la planta libre hasta las cubiertas planas, pasando por los *pilotis* y *brise-soleils* de ascendencia corbuseriana, las amplias superficies acristaladas en fachada (expresión del principio de independencia entre estructura y cerramiento), el uso del concreto armado... De esta técnica constructiva depende el estructuralismo descarnado que, como expresión del principio de economía, configura buena parte de la imagen externa del Estadio universitario (1967). En los trabajos de los primeros años hubo debilidad por los cascarones de concreto: los talleres generales de la Facultad de Ingeniería Mecánica y Eléctrica (FIME) fueron cubiertos por ocho membranas de concreto, sin apoyos intermedios. Asimismo, para el techo de la cafetería (actual biblioteca) de la Facultad de Comercio (hoy Contaduría Pública y Administración, FACPyA), se proyectó un interesantísimo plegado de concreto a partir de un modelo de cascarón que traza una curva semejante a la punta de un huevo de gallina, forma elegida debido a su gran resistencia (Fig. 4). La Facultad de Arquitectura, por su parte, se dotó de un auditorio cupulado... Sin embargo, el ingeniero Lozano Alanís, que participó en las obras de la CU de Monterrey, ha llegado a denunciar la «mala calidad del concreto», que llevó al derrumbe de los cascarones de FIME treinta años después de construidos; las membranas empezaron a resquebrajarse por las trepidaciones de las máquinas de los talleres y el bajo índice del esfuerzo de adherencia del concreto.



Fig. 4. Facultad de Contaduría Pública y Administración (FACPyA), Ciudad Universitaria de Monterrey. Cascarón de concreto alabeado que sirve de cubierta a la biblioteca de la Facultad

Entre los elementos que permitieron matizar o contener la ortodoxia moderna se encuentra un material tradicional como el ladrillo, de amplio uso en los aularios, que era producido también por la industria local. Dadas las condiciones climáticas de Monterrey, el barro cocido era muy apropiado por sus cualidades de inercia térmica, máxime cuando todavía no se estilaban los sistemas de aire acondicionado. Por otra parte, algunos arquitectos de la CU de Monterrey se permitieron interesantes licencias o libertades en relación al rigorismo volumétrico del racionalismo: baste aludir al tratamiento curvo que se da, tanto en planta como en alzado, a los lienzos largos del volumen que alberga los auditorios de la Facultad de Ingeniería Civil, superando así la monótona y rutinaria geometría plana del paralelepípedo de partida. En respuesta a ese gesto curvo, que repercute en una mejor percepción del formidable mural de Federico Cantú (Fig. 5), los *pilotis* que soportan el volumen se alinean igualmente en curva. Otro elemento que puede resultar un tanto ajeno a la modernidad ortodoxa es el uso de patios en la composición de los edificios, algo que remite por igual a lo colonial y a lo prehispánico. Obsesionado a menudo con el aprovechamiento racional del espacio, en virtud del cual un patio interior podía verse como un lujo o

un desperdicio, el funcionalismo fomentó el bloque cerrado y compacto, centrípeto⁸. En un clima como el del noreste mexicano, los patios aportan frescor y ventilación con ayuda de una frondosa vegetación.

Pero es el fenómeno de la “integración plástica” el que más visiblemente entra en conflicto, al menos en apariencia, con la modernidad funcionalista. Desde la célebre identificación que hiciera Loos en 1908 entre ornamento y delito, la modernidad radical no dejó de arremeter contra la ornamentación de los edificios por innecesaria, superflua, dispendiosa e irracional. En su definición del Estilo Internacional, Hitchcock y Johnson (1932/1984) también hacen principio de la desornamentación, llegando a decir que, de los edificios construidos desde 1800, los mejores han sido los menos decorados (p. 87). Por decorativo entendían no sólo el ornamento aplicado, sino también «todos aquellos elementos del diseño que dan interés y variedad al conjunto». De todos modos, el planteamiento de Hitchcock y Johnson es contradictorio, porque tan pronto abogan por una pintura y una escultura aisladas e independientes (como afirmación de su propia «personalidad»), como vislumbran «unas posibilidades de colaboración [con la arquitectura] que pueden dar brillantes resultados en el futuro» (p. 92). Dado el desprestigio moderno del ornamento, el reto consistía en no caer en la simple decoración aplicada. Algo así fue lo que se logró en El Pedregal y lo que se intentó también en la CU de Monterrey. Pero esto no era nuevo: los capiteles historiados, las portadas esculpidas, las sillerías de coro, los vitrales... de las catedrales románicas y/o góticas eran mucho más que mero ornamento. En ellas la coherencia estética de las artes plásticas se ponía al servicio de intereses didácticos y propagandísticos; de ahí que se haya visto a esos edificios como verdaderas “Biblias de piedra”. En este sentido, fue preciso relativizar y revisar un concepto tan afín a la modernidad como el de funcionalidad: ¿hasta qué punto no es funcional el mural en relieve diseñado por Federico Cantú para una de las fachadas de la Facultad de Ingeniería Civil de la UANL (1961-62), si la iconografía representada en él sirve para identificar al edificio y a sus usuarios? En efecto, Cantú recurre a la cultura precolombina mesoamericana —por más que ésta pueda resultar poco familiar en el norte del país— para desarrollar el tema de *Nezahualcóyotl y el agua*, en clara alusión a la técnica constructiva prehispánica: Nezahualcóyotl se presenta como el «sabio tezcocano, constructor y poeta que realiza grandes trabajos de ingeniería hidráulica» (Varios Autores, 2003, p. 188). Alguien podría pensar que esto condiciona de alguna manera un determinado uso del edificio y unos determinados usuarios (ingenieros civiles), pero no necesariamente; si fuera necesario que otra Facultad se trasladara a este espacio (como de hecho se ha planteado), el mural quedaría como testimonio histórico de lo que el recinto albergó en origen. Análoga función cumple el formidable mural de mosaico de la Facultad de Ciencias Químicas (*Integración y pensamiento*, 1998, Fig. 6), debido a Guillermo Cenicerós. Tal vez algunos de los motivos representados puedan pasar desapercibidos para el espectador poco avezado, pero a nadie medianamente educado se le escapa la relación de los

⁸ La *Villa Savoye* de Le Corbusier no renuncia al patio, pero lo somete a la coherencia del volumen cerrado.



Fig. 5. Facultad de Ingeniería Civil, Ciudad Universitaria de Monterrey.
Mural con relieves de Federico Cantú,
desarrollando el tema Nezahualcōyotl y el agua (1961)

elementos periódicos, que enmarca la composición en sus extremos largos, y la lógica asociación con los químicos.

Hitchcock y Johnson (1932/1984) consideraban los letreros en fachada (como el del edificio de la Bauhaus en Dessau) como lo más cercano al «adorno arbitrario» a que habían llegado los arquitectos del Estilo Internacional, pero recalcan el hecho de que dichos letreros tenían, «por supuesto, una función real: anunciar e indicar los usos» de los edificios (p. 93). Este será precisamente el papel que asuman pinturas, esculturas, relieves y mosaicos en la CU de Monterrey, un papel de colaboración con una arquitectura moderna a la que, en virtud del carácter neutro y abstracto de sus formas, le costaba expresarse y llegar a la gente por sí sola. Tal fue el sentido de una parte de la crítica hecha por Robert Venturi, a partir de 1966, a la arquitectura racionalista: dado que ésta había perdido buena parte de la capacidad expresiva y comunicativa de las arquitecturas premodernas, se hacía preciso recuperar los valores semánticos y simbólicos. El antecedente que supuso el movimiento muralista mexicano, que tanto hincapié hizo en la ilustración (visual) del pueblo, fue fundamental en la integración plástica que se promovió después en ambas CU. En lo que a mensaje se refiere, los objetivos planteados en Monterrey resultan algo más modestos y *funcionales* que los



Fig. 6. Facultad de Ciencias Químicas, Ciudad Universitaria de Monterrey. Mural de mosaico diseñado por Guillermo Ceniceros (1998); claro ejemplo de “integración plástica” a posteriori. Nótese también la figura escultórica del búho o tecolote como elemento significativo de la Facultad

propuestos en la CU de la UNAM, pues parece lógico que al carácter nacional de esta institución correspondan mensajes de mayor alcance y enjundia, como los que transmite la Biblioteca de O’Gorman. El grado de complejidad de los mensajes varía mucho en Monterrey. En el ya citado mural de Ingeniería Civil la percepción visual de los motivos no resulta todo lo clara que debiera, a causa del material empleado; la cantera verde (tipo cuartón) de Guanajuato no genera suficiente contraste con los relieves⁹. La escultura de bulto redondo funciona también como complemento de la arquitectura en términos semánticos: los edificios de las distintas Facultades cuentan con representaciones (normalmente naturalistas) de animales para su fácil identificación por vía simbólica. Así, por ejemplo, la habilidad constructora del castor permitió identificar a este animal con los ingenieros civiles. El elefante, animal al que suele atribuírsele una portentosa memoria, representa a los contadores de la FACPyA. El búho o tecolote fue elegido por los químicos debido a su relación con la alquimia como origen de la brujería. Un insecto tan gregario y *solidario* como

⁹ La ejecución de estos relieves parte de una técnica de *excavación* en perfiles que generan un plano hundido sobre el que luego se trabajan los detalles en bajorrelieve.

la abeja resulta de lo más idóneo para identificar al colectivo de Trabajo Social. Etcétera. La adopción de especies animales como mascotas simbólicas es habitual en las universidades mexicanas, pero suele ser una para toda la institución y referida principalmente a representación deportiva (caso del puma en la UNAM o del tigre en la UANL). El sentido que se le da a esta especie de *alter ego* animal en las distintas Facultades de la CU de Monterrey es distinto.

El pintor, escultor, grabador y muralista Federico Cantú Garza (1907-1989), nacido en Cadereyta (Nuevo León), fue sin duda el más destacado de cuantos artistas plásticos trabajaron en la CU de Monterrey. Para Raquel Tibol es «el gran olvidado», mientras que el propio artista se vio a sí mismo como «el último de los románticos» (*La Jornada*, 2003, enero 29). Además del mural de Ingeniería Civil se ocupó de otros trabajos como el monumental pavimento (1961) de la antigua plaza de Rectoría, donde el águila del emblema nacional acoge el escudo de la Universidad de Nuevo León. A él se debe también el tablero localizado en la fachada este del cuerpo bajo de Rectoría, que forma en ese punto una pequeña plaza con parte del lienzo meridional de la Torre. Se trata de un interesante trabajo a modo de pequeño mural rectangular, cuya superficie queda compartimentada verticalmente en cinco piezas. Técnicamente es un grabado a buril sobre una aleación de bronce y cobre; la aplicación de una serie de ácidos otorga a la composición un atractivo colorido, sin que se llegue a rebasar la bicromía (gama de ocre y verdes). Sin embargo, hay algo que no concuerda: la pieza es interesante en sí misma, pero en este caso resulta completamente autónoma con respecto a la arquitectura, lo cual hace más difícil valorarla en términos de integración plástica. La escala del tablero no se corresponde con las proporciones del edificio; Mendirichaga (1991) ha dicho que «tal vez si se reubicara en otro espacio menos elevado luciría mejor» (p. 45 y 92). Si a ello añadimos el *extraño* tema representado (*Los arquitectos de Tula*), es fácil deducir que no se trata de un trabajo *ad hoc*¹⁰. Análoga descontextualización reviste la recreación del *Chac-Mool* en piedra (1961) situado en ese mismo espacio (jardín de Rectoría), que hace de él un puro elemento “decorativo”. Próxima a estas obras, justo delante de la entrada principal de la “Capilla Alfonsina”, se encuentra un bloque de cantera que acoge en una de sus caras la efigie en relieve de Palas Atenea (1985), diosa griega de la sabiduría. En este caso sí existe armonía, conceptual al menos, con el edificio al que complementa. Más en línea con el trabajo de Ingeniería Civil están los relieves que realizó para la Facultad de Filosofía y Letras (1962), si bien la composición unitaria de Civil cede paso aquí a una solución fragmentaria. La alternancia, en fachada, de los pesados paneles de cantera con las livianas superficies acristaladas genera un atractivo juego plástico por contraste. El tema desarrollado aquí, *La cultura griega y de la colonia* o *Los informantes de Sahagún*, concretiza el mensaje que Cantú parece haber querido plasmar en el conjunto de su trabajo para CU: la síntesis de lo prehispánico y lo colonial como depositaria de la esencia nacional. El recuerdo de la filosofía clásica, encarnada en un Sócrates recostado junto al Erecteion de la Acrópolis de Atenas, se

¹⁰ La pieza, en efecto, fue concebida como parte del proyecto de los bajorrelieves de la Unidad Independencia del Instituto Mexicano del Seguro Social (IMSS), en el Distrito Federal (1961).

combina con otros referentes grecolatinos (*Minerva yacente*) para terminar dando paso a la representación de la asimilación, por parte de la filosofía judeocristiana, del legado cultural indígena: varios religiosos españoles recogen por escrito las ideas transmitidas por informantes indígenas. Este proceso recuerda o es casi remedo de la cristianización de la cultura pagana grecorromana que llevó a cabo San Agustín en los siglos IV-V. En suma, una iconografía muy congruente con la Facultad a la que sirve e identifica.

La integración plástica es solidaria también de otras armonías: cronológica, estética, disciplinar... En este sentido, consideramos que la armonía estética permite neutralizar distancias temporales, lo que equivale a validar la integración plástica a posteriori. Entre el edificio de la Facultad de Ciencias Químicas y el mural de mosaico de su fachada principal median más de dos décadas; o lo que es más importante, el proyecto del edificio no contemplaba el mural que se le aplicó después. A pesar de ello, la obra de Guillermo Ceniceros no sólo no desentona con el edificio, sino que lo completa y mejora estéticamente: las líneas de la composición subrayan la naturaleza curva del muro y el carácter moderno de las formas representadas está en sintonía con la modernidad de la arquitectura. Lo mismo ocurre en aquellas obras donde interviene Federico Cantú: al retomar en buena medida el tipo genérico de representación prehispánica, tan cercano en muchos aspectos a la plástica moderna (formas sintéticas, planas, geométricas), no desdice el sentido moderno de la propia arquitectura. Otro tanto podría decirse en relación a algunas obras escultóricas, como el caballo-Pegaso de la Facultad de Arquitectura (obra de Edmundo Ayarzagotia), de clara filiación *cubofuturista*.

Esta sinergia plástica alcanza también al diseño industrial, desde las carpinterías metálicas al mobiliario. En relación a este último, resulta muy ilustrativo el cambio de bancas que se ha producido recientemente en el auditorio "Joaquín A. Mora" de la Facultad de Arquitectura (Fig. 7). Como si se tratase de la célebre silla *Red Blue*, diseñada por Rietveld en 1917, las bancas originales de ese auditorio sólo aspiraban a satisfacer una necesidad (sentarse) de la manera más sencilla, racional y económica posible, sin atender en lo más mínimo el tema de la comodidad; eso era algo prescindible. De ahí que resultaran manifiestamente incómodas, más allá del gesto curvo (pseudoanatómico) de los respaldos; insistimos: su objetivo no era ese (resultar cómodas), sino proporcionar asiento de la forma más elemental posible. Búsquense fotografías antiguas del salón de actos de la Bauhaus de Dessau, de Walter Gropius, y podrá observarse algo parecido. Las nuevas bancas del auditorio de Arquitectura resultan mucho más cómodas, pero ya no *armonizan* con el racionalismo arquitectónico. Hoy en día la comodidad (o el disfrute de soluciones más o menos ergonómicas) ya no está necesariamente reñida con la economía.

Los dos principales problemas que aquejan a la CU de Monterrey están relacionados con la falta de una verdadera cultura de la conservación, que tiende a adulterar extemporáneamente los productos originales, y con una marcada sobreexplotación del espacio. Uno y otro están claramente conectados. La desnaturalización que



Fig. 7. Facultad de Arquitectura (auditorio “Joaquín A. Mora”), Ciudad Universitaria de Monterrey. Comparativa de las antiguas bancas (tan racionalistas como incómodas) con las nuevas

experimentó el edificio de Rectoría (inaugurado el 14-9-1961) a partir de 1998, renegando así de la atractiva solución formal primigenia y dando carta de naturaleza al empleo del panel de aluminio “Alucobond” en CU (Fig. 8), coadyuvó de alguna manera a legitimar mixtificaciones anteriores y futuras. El cambio de piel de Rectoría no se justifica ni siquiera en atención a las ventajas que se le atribuyen al citado revestimiento de aluminio en cuanto a resistencia a la lluvia ácida y a las atmósferas industriales agresivas. Al proceder de esa manera en el edificio de Rectoría se asumió como propio un problema ajeno, generado por las emisiones contaminantes de la industria pesada instalada en terrenos adyacentes a CU. Ese cambio de piel ha terminado convirtiendo al inmueble en un “falso histórico”. En los últimos años se han venido levantando nuevos edificios y transformando algunos de los antiguos de acuerdo a este sistema de revestimiento *pseudofuturista*. El “Alucobond” ha irrumpido en CU como una plaga, desvirtuando el contexto moderno en que se gestó la arquitectura de CU; de hecho, parece estar dándose una pugna en términos de imposición de una nueva *armonía*, la *armonía* del panel de aluminio.

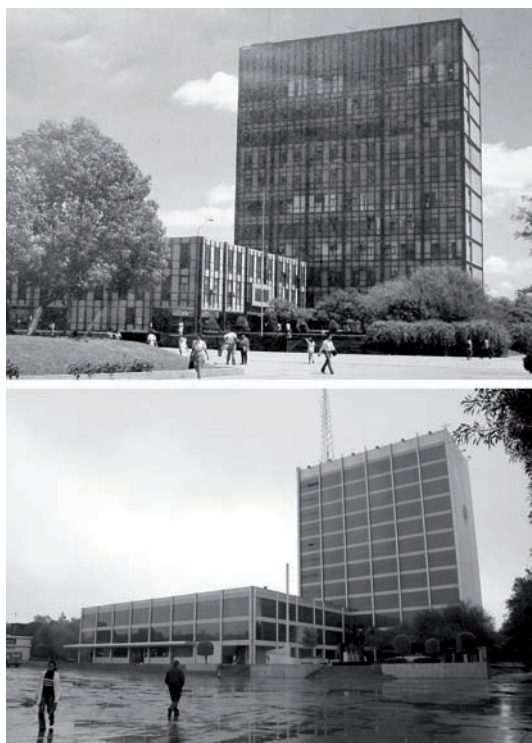


Fig. 8. Edificio de Rectoría, Ciudad Universitaria de Monterrey. Dos momentos (el antes y el después) y un cambio de piel de por medio

Pero las transformaciones han sido muchas y de diversa índole. Una de las más lamentables fue la destrucción de la amplia plaza que se extendía a los pies de Rectoría y, con ella, del monumental mosaico pétreo diseñado por Federico Cantú en 1961 y elaborado con miles de piedras de distintos colores (De la Fuente, 2003) (Fig. 9). La construcción de la “Capilla Alfonsina” en 1980 dio al traste con estos dos elementos, importantísimos en el diseño de conjunto. Piénsese que la desaparición de la plaza principal de CU, que afecta sobre todo a la Torre de Rectoría, conculcó toda una serie de relaciones: visuales, armónicas, de proporción, etc. No menos lamentable fue la metamorfosis experimentada por la Facultad de Arquitectura (1985-94), tanto más sorprendente por tratarse de la casa universitaria de los arquitectos. La necesidad de nuevos espacios condujo finalmente a una reforma general que resultó bastante radical en algunos aspectos, provocando, entre otras cosas, la anulación visual del formidable perfil curvo de la cúpula del auditorio “Joaquín A. Mora”, uno de los pocos cascarones de concreto que hubo en CU desde el principio (Fig. 10). Asimismo, los recubrimientos originales del edificio (que eran de piedra en algunas partes) fueron



Fig. 9. Lo que en origen fue la plaza de Rectoría, significada con el monumental mosaico de piedra de Federico Cantú, acabó desapareciendo bajo el edificio de la “Capilla Alfonsina”

sustituídos por acabados de mortero martelinado (aplicado sobre tela de gallinero) y falsamente despiezado. Tal solución revela ser producto de una mal entendida necesidad de homogeneizar las partes nuevas con las antiguas. Desde nuestra perspectiva, hubiera sido más correcto concebir los añadidos a partir de un escrupuloso respeto por la obra original (en cuanto a alturas, etc.), pero expresando claramente la distinción entre lo viejo y lo nuevo, a fin de no falsear la historia del edificio. No es nuestro propósito defender actitudes prístinas, arqueológicas o mantenedoras de la pureza original de los edificios, porque eso sería tanto como ignorar que, con el paso del tiempo, los edificios necesitan renovaciones y modificaciones (a veces profundas) para no quedar obsoletos y seguir siendo funcionales. No tenemos nada en contra de las intervenciones y las alteraciones, siempre y cuando sumen —y no resten— a lo ya existente; sería el caso del mural de Ceniceros en la fachada de Químicas. En estos aspectos es notoria la diferencia con la CU de la UNAM.

La sobreexplotación espacial de la CU de Monterrey, que afecta tanto a inmuebles como a estacionamientos, se ha traducido en una sensible merma de áreas verdes y en la proliferación de callejones o angosturas viales entre edificios, que resultan poco

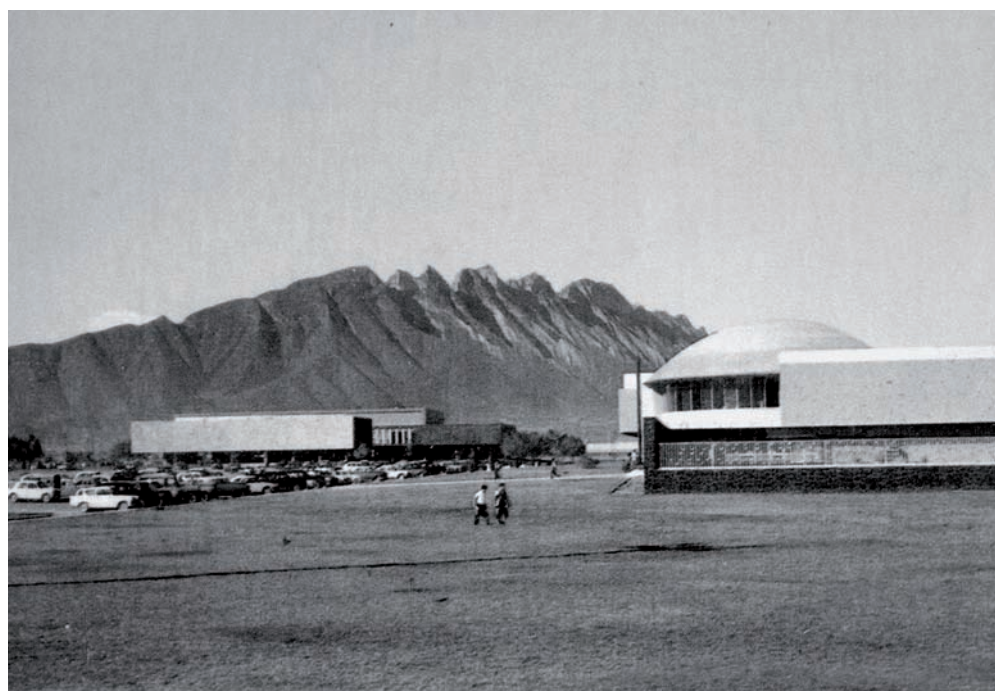


Fig. 10. Ciudad Universitaria de Monterrey. A la derecha, Facultad de Arquitectura en su estado original, cuando todavía era visible el perfil curvo de la cúpula del auditorio. A la izquierda, y en segundo término, se aprecia el mural de Ingeniería Civil

gratas desde múltiples puntos de vista. Proporcionalmente, la superficie ocupada por los estacionamientos resulta excesiva, dando la medida de lo que podría ser una futura recuperación de espacios con sentido cívico; para ello bastaría con llevar las áreas de estacionamiento al subsuelo.

Referencias bibliográficas

ANDA Alanís, Enrique de
1995/2006 *Historia de la arquitectura mexicana*.
Barcelona.

CAINTRA [Cámara de la Industria de Transformación de Nuevo León]
2004 *CAINTRA Nuevo León. Valores que nos fortalecen*.
Monterrey

CERUTTI, Mario

1989 *Burguesía y capitalismo en Monterrey, 1850-1910*.

México, D. F.

FLORES Salazar, Armando

2007 “Cambios mórficos y funcionales en el edificio patrimonial del Colegio Civil”, *Ciencia UANL*, 1, pp. 8-12.

FUENTE, Daniel de la

18-III-2003 “Los trabajos perdidos de Federico Cantú”, en *El Norte*

Monterrey

GÓMEZ, Federico

18-VII-1950, “¡Señor Presidente: nuestra Universidad! [Editorial]”, en *El Porvenir*

Monterrey

GONZÁLEZ, Héctor

1945 *Historia del Colegio Civil*,

Monterrey

GONZÁLEZ de León, Teodoro

1996 *Retrato de arquitecto con ciudad*.

México, D. F.

GONZÁLEZ de León, Teodoro

2002 “Le Corbusier en el Pedregal”, *Universidad de México* [Revista de la UNAM], 618-619, pp. 18-19.

GONZÁLEZ Rodríguez, Sergio

2002 “De San Ildefonso a CU”, *Universidad de México* [Revista de la UNAM], 618-619, pp. 109-113.

HITCHCOCK, Henry-Rusell y JOHNSON, Philip

1932/1984 *El Estilo Internacional: Arquitectura desde 1922*.

Murcia.

JIMÉNEZ, Víctor

1997 “Las casas de Juan O’Gorman para Diego y Frida. Crónica de su restauración” Extraído el 9 de marzo de 2006 desde:

<http://www.mexicodesconocido.com.mx/espanol/cultura_y_sociedad/arte/detalle.cfm?idcat=3&idpag=2227&idsec=14&idsub=52>

LOZANO, José Guadalupe

1998 *Apuntes para la historia de la Universidad Autónoma de Nuevo León*.

Monterrey

MANRIQUE, Jorge Alberto

1994 “El futuro radiante: la Ciudad Universitaria”, en GONZÁLEZ Gortázar, Fernando (Coord.), *Arquitectura mexicana del siglo XX*, México, D. F, pp. 125-147.

MENDIRICHAGA, José Roberto

1991 *Patrimonio Plástico de la UANL. Pintura y Escultura*.
San Nicolás de los Garza.

MENDIRICHAGA, Rodrigo

1996 “Industria: crecimiento de un gigante”, en CAVAZOS, Israel (Coord.), *La Enciclopedia de Monterrey* (t. I), México, D. F., pp. 371-479.

MONTANER, Josep Maria

1993 *Después del Movimiento Moderno. Arquitectura de la segunda mitad del siglo XX*.
Barcelona

PAZ PAREDES, Margarita

2002 “La Ciudad Universitaria. Una entrevista con el arquitecto Mario Pani”, en *Universidad de México* [Revista de la UNAM], 618-619, pp. 21-25.

PEDRAZA Salinas, Jorge.

1996 “Un panorama de la educación”, en CAVAZOS, Israel (Coord.), *La Enciclopedia de Monterrey* (t. I), México, D. F., pp. 130-152.

PONIATOWSKA, Elena

1990 *Todo México* (t. I).
México, D. F.

RANGEL Guerra, Alfonso

1994 *Aliento y Flama del Patronato Universitario de Nuevo León. Una historia de servicio a la comunidad y a la patria*.
Monterrey

SALINAS Quiroga, Genaro

1983 *Reseña Histórica de la Universidad Autónoma de Nuevo León*.
Monterrey

SCHNEIDER, Luis Mario

1985 *El Estridentismo, 1922-1927*.
México, D. F.

VV. AA.

2003 *Reseña Histórica del 60 aniversario de la Facultad de Ingeniería Civil*.
Monterrey